

Descripción de la obra

Ante todo, creo que mi trabajo hasta ahora relata un camino hacia la pérdida de fe. Un nihilismo emprendido no a partir del sentido religioso sino a partir de la comprensión de una realidad intercultural, que el panorama mundial ofrece, y que sin duda es del todo decepcionante.

En mi trabajo del '98-'99 me despego poco a poco de la voluntad de contar nada en mis cuadros. La gestualidad toma especial relevancia hasta ser único protagonista de la escena del lienzo. El expresionismo abstracto americano, Miró y la cultura zen son referencias para mí en ese momento. De Kooning y su punto de partida vital me es propicio para comprenderme a mí mismo. "La pintura es una manera de vivir", decía para explicar de alguna manera esa sumisión al gesto, la vida misma, de una conciencia desmotivada y pesimista en cuanto a la comprensión de esa vida.

Pero esa misma gestualidad será para mí una liberación, un modo de abandono de cualquier pretensión de hacerme entender y de entenderme. Principalmente no deseo entenderme. Busco lo casual hasta llegar a dejar que a menudo el cuadro se pinte por los accidentes del taller. El zen me permite vivir el sentido vital del gesto. El lienzo es en ese momento una consecuencia de la vida en el taller. Pelos, manchas y superposición de capas al azar acaban pintando el cuadro. Miró por otro lado me acerca a lo onírico, a la infancia. Lleno mi estudio de dibujos de niños.

Más tarde esos gestos poco a poco absorben toda la tensión del lienzo. Se individualizan, se convierten en objetos, seres de un espacio onírico que muestran necesidades, voluntades, relaciones entre ellos. Siguen siendo ininteligibles para mí pero parecen tomar vida propia, hambre de conciencia propia. No les nombro, ni para mí significan el eslabón hacia mensaje alguno. No hay nada que decir. Están ahí y de alguna manera interactúan entre ellos sin mi voluntad. Pinto con la mano izquierda para no controlar para nada el resultado. Todo debe pasar fuera de mi control. La primera mitad del 2000 sirve para concretar ese mundo.

En la segunda mitad del año 2000, un día, mientras pretendía dar una pátina de envejecimiento al papel, de forma casual reconozco la forma central de un mundo concreto en el cual esos gestos se mueven, viven, e interactúan. Hasta ahora todo el papel era el marco donde se desarrolla la acción. Pero esa nueva forma le da un aspecto finito a ese universo. Limitar sus márgenes y de alguna manera quitarle trascendencia me permite creer aún más en la autonomía de esos gestos. Convertirlo en algo concreto, finito y por lo tanto temporal hace que parezca cierto.

Ese paso es semejante a un zoom con la cámara. La escena se aleja y permite ver sus límites.

Sus aspectos son varios. A veces simula la huella humana sobre una superficie real. Otras un fluido suspendido en una nada. Otras un objeto sin nombre pero con necesidad de conciencia. No sabría interpretar con precisión qué motivación emocional me lleva a esa forma. Por un lado parecería la consecuencia de mi mayor alejamiento con mi propia cultura. Que a medida que sigo penetrando en su actualidad me parece más decepcionante. Pero hay también rebeldía contra el positivismo. Hay elementos que pretenden delatar un abuso de la comprensión científica de la realidad. Y hay referencias al pensamiento único occidental que se apodera de toda manifestación cultural. Otras veces esa forma toma el aspecto de algo innombrable, indescifrable, semejante a la descripción bíblica de Dios. Parece que en esa forma se pudieran representar los abusos de la conciencia. Desde la idea de Dios hasta la secularización de toda expresión humana. Finalmente creo verme a mí mismo reflejado en esa forma. Defendiendo mi espacio e interactuando con lo ajeno. La obsesión con esa forma llega a ser extrema. En ella creo verlo todo y nada. Como un Dios concreto pero incomprensible, y suspendido en un infinito. Creo que voy a alejarme de ello. Siento nuevamente necesidad de contar cosas.

*13 de febrero de 2001
Jordi Güell*